

E. Díez-Canedo
Mare Nostrum: novela de Blasco Ibáñez
(España, 11-4-1918)

Los primeros capítulos nos vuelven a la Valencia de aquellos inolvidables libros con que Blasco Ibáñez ganó su fama. Entre su padrino, el poeta floralesco Labarta, y su tío, el Tritón; Ulises Ferragut, el hijo del notario don Esteban Ferragut, valenciano de la antigua cepa, siente despertarse en su corazón el gusto por las cosas del mar. El mar, para él, no es un escenario de fatiga y dolor en que va uno dejándose la existencia poco a poco, ni un tono azul intenso en que se recorta el triángulo purpúreo de una vela. Así, lo que recordamos en otras novelas de Blasco Ibáñez, las antiguas, comparables a ciertos cuadros de Sorolla: al que lleva por título *¡Aún dicen que el pescado es caro!* o a esos otros lienzos luminosos, sin más asunto que la vibración colorista. El drama, la nota de color nunca faltan en Blasco Ibáñez y tampoco están ausentes de su última novela. Pero así como la imaginación juvenil de Ulises Ferragut puebla la extensión mediterránea de figuras y visiones, así se enriquece la novela con un elemento trascendental que la saca del campo naturalista en que se desarrolló espléndidamente la personalidad literaria de Blasco Ibáñez.

Con todo, en la novela de que tratamos, los pasajes descriptivos de callejas y puertos, las escenas concretamente dramáticas, como la persecución del espía en Marsella o el ataque nocturno a Ferragut o ciertas evoluciones de la vida de a bordo, nos conquistan y cautivan desde luego. También aparecen trazadas de mano maestra las figuras secundarias: Toni, el tío *Caragol*, por ejemplo. Se los ve vivir, como en un cuadro flamenco del siglo XV, en la perspectiva ciudadana que se extiende en último término, por encima y a los lados del portal en que unos Magos con ropón de terciopelo adoran a un Niño desnudo, viven menudos y llenos de gracia, los tipos de la calle, la vieja que atiza el fuego, el campesino que arrea su cabalgadura, los lansquenets que entran a saco una mansión campesina.

Los actores principales, aun estando perfectamente concebidos, en su realización, nos dejan una impresión rara. Pedro Antonio de Alarcón escribió cierto epigrama que recordamos a este propósito, acerca de la ópera *Lucía* de Lammermoore, procedente, como es sabido, de una novela inglesa:

*Lucía era tiple
y Edgardo tenor
lo cual ignoraba
Sir Walter Scott.*

Lo que Walter Scott ignoraba, acaso lo ignore también Blasco Ibáñez, y acaso no sea más que aprensión nuestra; pero no podemos desecharla, y así el capitán Ferragut y Freya se nos aparecen como el tenor y la tiple, constantemente, a través de todo el libro. Ulises Ferragut, enamorado del mar (romanza del primer acto), débil ante la seducción femenina (dúo de amor y gran dúo), acechado por el amor y por las añagazas de los que quieren convertirle en instrumentos de sus arterias (concertante del segundo acto), herido en su más hondo amor al ver muerto a su hijo por obra de los mismos a quien favoreciera, consagrado a vengarse de ellos (aria del *giuramento*), hundido por fin, con su barco, en el mar nativo (rondó final) y Freya, la mujer misteriosa, la «mujer fatal» que, consagrada a la traición y al espionaje, se siente invadida en la tarea de seducción que le imponen, por un amor verdadero, al que no puede abandonarse ¿no son los tipos acabados del tenor y la tiple? La contralto es la Doctora Fedelmann y el bajo es Von Kramer, personajes ambos perfectamente trazados.

Quiere esto decir que los tipos principales nos dan una sensación de teatralidad, en el bajo sentido de la palabra. Con tener todos ellos condiciones verdaderas, caracteres bien definidos, les falta concentración, carecen de ese vivo calor humano que alienta en las grandes creaciones literarias. Y les falta no por haberse quedado corto el novelista, sino por haber acentuado excesivamente lo general, hasta la pérdida de los rasgos propios y característicos, en fuerza de exagerarlos y agrandarlos.

Tiene lo accesorio gran importancia de extensión en esta novela. Recordemos, no más, la descripción del Acuario de Nápoles, que llena el capítulo V. El episodio no nos parece inútil; pero su latitud, su detalle postizo de enciclopedia, resultan enfadosos. El naturalismo francés nos ofrece multitud de ejemplos análogos: en Zola, abundan y todos los tenemos presentes; en postnaturalistas como Huysmans los hay también muy característicos. Dado el modo de ser de esta novela de Blasco Ibáñez, el episodio parece que huelga.

Acusa, desde luego, para el lector menos atento, una falta de sobriedad que es defecto capital de *Mare Nostrum* y acaso de toda la obra de su autor, en estos últimos tiempos. Parece que se esfuerza por llenar un número determinado de páginas, aunque no es la calidad de su visión quien se lo impone. Recordando algunos admirables cuentos de años atrás, dignos de un Gorki o de un Andréieff, vemos toda la concentración, toda la rapidez de que es capaz el novelista valenciano. Algunos pasajes de *Mare Nostrum* nos lo confirman. ¿Por qué, pues, empeñarse en pasar de las 400 páginas? Parecerá fútil reparo, y se podrá decir que una obra de arte no será mejor si ocupa cien páginas que si ocupa quinientas. Cierto, si todo en ellas es

expresivo y necesario; pero, si no lo es, ha de venir encima una labor depuradora y crítica de que solo el propio autor es capaz.

A nadie que conozca o sospeche lo que es el arte de escribir le parecerá paradójico esto: una obra excesivamente larga indica mayor apresuramiento que otra mucho más reducida y prieta. Pesarse y elegir, componer, en una palabra, es lo que exige tiempo. La extensión, por sí sola, nada quiere decir; puede ser abundancia y riqueza, o facilidad y laxitud. Y en Blasco Ibáñez, novelista poderoso y fértil, de inventiva lozana y clara visión, es pecado que lo extenso de sus relatos corresponda más bien a las segundas causas que a las primeras.

Esto aparte, el libro, escrito en general muy vigorosamente, se deja leer y apasiona. Porque Blasco Ibáñez, y este es su principal acierto, que ha visto de cerca y ha seguido desde el comienzo con fervoroso espíritu de amor a la justicia el desarrollo de la contienda actual, ha sabido dar en su libro con el aspecto que afecta más a España. Hay en él una realidad dolorosa que palpita en todo el país. El tejido de seducciones y amenazas que se cierne sobre la población marinera, la osadía que no respeta nada, y que ante ninguna consideración se detiene, tocan a heridas que aún abrasan. La muerte del inocente y noble hijo de Ferragut, en el barco torpedeado, adquiere una terrible significación ideal, transporta la novela a un plano en que vibran al unísono con el autor los sentimientos de sus lectores.

Esto ya es más que la mera nota descriptiva o el planteamiento súbito del drama brusco. La voz del novelista se levanta con toda la solemnidad de la hora y dice las palabras que llegan al corazón de todos. Estas palabras salen también del corazón de muchos: recogerlas y darles su expresión cabal es terreno propio del arte. Blasco Ibáñez les da la vibración adecuada, y por esto se salva el libro, que tendrá, entre los de su autor, una virtud suprema: la de haber asociado, en los días más dolorosos, el grito de una España herida al clamor universal.